

Apologistas

La apologética cristiana tiene ante sí una tarea hercúlea. Ha de librar una formidable batalla ideológica: en el plano visible y de detalle, con los autores explícitamente anticristianos; en el fondo, con la gran filosofía. Se juega en ello su existencia; y se la juega no tanto dentro -o en contra- de las estructuras del Imperio, cuanto frente a la cultura helenista tardía, heredera del pensamiento y cultura de la Grecia clásica. En el siglo II, el helenismo, no menos que el Imperio, se halla en toda su vigencia y fuerza. Cuando reina Marco Aurelio (161-180), el emperador filósofo, les restan todavía casi tres siglos al Imperio antes de desmoronarse en su mitad occidental y al helenismo antes de verse reemplazado, como cultura, por la cristiandad.

Las primeras apologías del cristianismo son instrumentos de combate: defensas no solo ideológicas, también políticas. Los apologistas, como Justino (m. hacia 165), ejercen tanto de abogados ante las autoridades imperiales en defensa civil de los cristianos como de ideólogos de la nueva fe, teólogos que se encaran con el pensamiento de filósofos. Sus autores pecan de candor al argumentar a favor de la fe con alegación de milagros y profecías. Este argumento puede funcionar si no has salido de Judea o Galilea, pero no funciona si has viajado por el Mediterráneo o hasta Mesopotamia, donde pululan los hacedores de milagros, como Apolonio de Tiana.

Apología tan ingenua no puede impresionar a un lector de entonces. El mundo antiguo está plagado de eso, de lo maravilloso y milagroso. Y peor aún: esta apología se queda rancia ante los helenos ilustrados, escépticos, que no creen ya en los taumaturgos.

Los apologistas no son cándidos, sin embargo, e intentan realizar su tarea en condiciones, no con simple apelación a los milagros. Hacen por implantar la creencia cristiana en un terreno racional y reflexivo; son los primeros en hacerlo. No muy lejanos en el tiempo -cincuenta años escasos del Nuevo Testamento-, avanzan sobre ellos en la interlocución con el pensamiento no judío, el procedente de los griegos, tratando incluso de incorporarlo al suyo propio.

Al mismo tiempo son apologistas ante los emperadores y altos magistrados. Hilvanan un discurso civil, de abogacía, junto con el discurso teológico de doctrina; y este, a su vez, en una doble dirección: hacia el interior, contra los disidentes, los herejes; y hacia el exterior, de cara a los paganos, orientación, esta última, que irá cobrando fuerza con los años.

Conforme avanza el siglo II, decrece el volumen de escritos eclesiásticos contra los gnósticos y frente a los judíos. Para salir de su estatuto -hasta entonces- de secta o nueva rama y variedad del judaísmo, para hacerse un hueco no sólo social, sino también cultural en estratos cultos e influyentes de la población, la confrontación principal se transfiere al frente de los gentiles: romanos y helenos.

Separado del contexto judío en que nació, el cristianismo ha de verse ahora en una horma ideológica distinta, diferente de la judaica y no hay otra que la filosofía helenística. Se esfuerza por sobrevivir en ella, bracear con ella. La doctrina cristiana empieza a cabalgar entre Jerusalén y Atenas -o, para entonces, Alejandría-, entre la sabiduría asiática y la filosofía helenista. Adolf Harnack (1851- 1930) sustentó, al respecto, la expresión de *“helenización del cristianismo”*. También podría hablarse de *“cristianización del helenismo”*. Tanto monta, monta tanto: el resultado es el implante del cristianismo en el helenismo y, a la recíproca, el injerto helenista en la fe cristiana. El cristianismo antiguo viaja o se mueve entre “dos mundos”.

Concepto clave, llave maestra, para esta operación ideológica-cultural es el de Logos, de raíz en Filón, reinterpretado por Juan. Sirve de pasarela entre esas dos ideologías, la

helenorromana y la cristiana. Gracias a él, por mediación de cristianos cultos, también de obispos escritores, como Cipriano de Cartago, merced a formularse en categorías neoplatónicas, legitimadas por el cuarto evangelio, el cristianismo gana respeto intelectual y obtiene un espacio dentro del paisaje ideológico del helenismo tardío. [...] Vistas las consecuencias a largo plazo de su programa ideológico, los apologistas y polemistas cristianos cumplieron con éxito la función de crearle un espacio cultural e ideológico al cristianismo. A fecha actual, con todo, de su pensamiento no queda nada, mejor dicho, no ha quedado nada fuera del cristianismo por ellos defendido.

Alfredo Fierro
Después de Cristo
Pág. 101s